

Lautaro Yankas

Viaje alrededor del criollismo



A aparición de los últimos libros chilenos—novelas, cuentos— ha arrastrado, junto con los comentarios y alcances a su raigambre y a su asunto, una polvareda esencialmente hostil hacia lo que los ingenuos denominan tozudamente criollismo, la visión cegada por el trapo rojo de la pasión escolástica, o de capilla literaria en descenso. La polvareda hostil es la misma que se remueve periódicamente para saludar con los adjetivos apuntados o disparando al aire y a fogueo, la publicación de cada nuevo libro. Toca en suerte para la muy noble literatura chilena, que todos los libros acogidos por las editoriales llevan arraigado en su cuerpo, este núcleo expansivo, cargado de las más sanas esencias de la tierra y de la raza, y que no puede menos que imprimir su sello desde la primera a la última página. Y cuando por excepción entra en el campo literario una obra puramente especulativa, construída con elementos subjetivos, entramada en una psicología meramente lírica, des-

pojada de la atmósfera y de la tierra nuestra, la capilla de los imaginistas y los introspectivos, donde medran muchísimos tráfugas enfermizos junto a indudables valores, alza otra polvareda de adjetivos temblorosos y lívidos en los que el criollismo, frente a la obra exaltada, se expondría a quedar sepultado si no fuese todo aquello polvo en suspensión y nada más.

Como lo poco que se cosecha en las parcelas del «purismo», rara vez que yo sepa ha llegado a medirse con las buenas novelas o cuentos «criollistas», sin negar por ello, en ningún momento, la calidad de algunas obras, nuestra literatura seguirá madurando a pleno sol o en la tiniebla de esta tierra, nutrida por nuestras alegrías que son fuertes como nuestros dolores, vibrando con resonancias de acero, y con grandeza de océano, nunca escasa de aire— ¡al contrario!— desde que los escritores auténticamente chilenos van a buscar la vibración secreta de sus obras, esa vibración que siempre habrá de afiuarse con lo universal, en las pasiones propias y ajenas en la vasta y altiva tierra. Por eso decimos que es una literatura saludable: por debajo, y sobre las pasiones, con sus imágenes a veces condenables en su exceso, está el pulso humano, muchas veces épico, incitador de caminos, removedor de vidas, que es lo que defiende al hombre de su descomposición y de esta amenaza sibilina de la inversión y de los derivados.

Es una literatura plena de sol indio— ¡he ahí la salud!— en tierra y mar, y no necesita drogas heroicas.

El imaginismo de buena ley está en ella, bien asentado en la observación de cosas y hechos.

La hostilidad de las capillejas, se aferra en cada ocasión a las tan pregonadas crudezas de algunas descripciones en el cuento o novela. Asidero pueril, desde el cual se desbarra contra una literatura, que como la chilena tiene la misma sangre de todas en el continente. Es tal la anemia mental y la aridez de conciencia de los fariseos, que toma los yerros y los pequeños puntos negros, como el cuerpo mismo del enemigo, y el enemigo no es otro que el criollismo de un Latorre, de un Barrios, de una Marta Brunnet y, asimismo, de un Guiraldes, un Icaza, un Lobato o un Gallegos.

Recordemos a nuestra gloriosa y siempre humana Gabriela Mistral cuyo premio Nobel fué resistido por muchos chilenos. Estaba ella en Brasil y se la interrogó sobre lo que significaba para la lengua española el triunfo obtenido. Respondió: «No sólo es un conquista de la lengua madre, sino también de la lengua sudamericana como lengua criolla». ¿Hay o no una lengua criolla? El mundo ya lo sabe por imposición de la obra, aún más que por las altivas palabras de Gabriela. En estas tierras hay una raza nueva que puede hablar, a través de los mares, sin cansancio ni neurosis. Hay una literatura criolla de alcance universal, una literatura que ha hablado desde la entraña y con la íntima resonancia que la carne y el sol han pulsado para acercarse al cielo.

¿Qué importa la manera de alcanzar la emoción y

el lirismo en el arte, si lo que vale realmente y eternamente, es la verdad de esa emoción? Expresar opiniones apasionadas y tremantes, para recuperar el equilibrio nervioso, sin haber podido nunca hablar a través de la obra y del camino saludable, es hacer polvo de la nada, es volver al vacío. Trabajad, madurad la obra, hasta que respire bien en esa atmósfera que tanto añoráis en los otros porque respiráis un invernadero. Acoraos de lo que decía Picasso a cierto discípulo mediocre y amigo de teorías, al oírle hablar de los errores de algunas escuelas frente a la tradición clásica: «Oiga, joven; todo eso dígamelo con sus pinceles».

Ahí tenéis esa potente literatura norteamericana, cuyo caudal de expresión y cuya audacia formal desbordan todo comentario. ¿De dónde salieron esos libros ciclópeos que, siendo contados, corporizan una literatura? De la naturaleza americana: tierra dilatada, omnipotente, raza en verdor de selva nueva, armonía de creaciones insólitas. Es aquello demasiado grande e incitador para que la raza rubia derivase a las elucubraciones sobre el asteroide y se deleitara en arabescos y trucos literarios. «Carbón» y «Petróleo», de Hupton Sinclair; «El Financiero», de Dreiser; «Camaradas Errantes» y «Viñas de Ira», de Steinbeck, facturan la epopeya de la raza dominadora. Ahora, el tema humano entramado en el fondo de una civilización que deja tras de sí un espeso sedimento de mediocridad oportunista, está íntegramente contenido en «Babbitt», la novela símbolo. Todo en ese admirable libro

es disección del espíritu colectivo y su destino ingrato. Allí acecha la conciencia del escritor clavada en la entraña de la nación. Dos Passos, quizás el más atrevido de los escritores del norte, dispersa en un conjunto de instantáneas de alta y fascinante expresión, la vida de la nación rubia.

Como vemos, Chile y el Continente cumplen su ardiente destino, en el cual las fuerzas telúricas determinan posibilidades y certezas. Vivimos la etapa viril. Hay mucho que andar en este camino.